

La bolsa plástica

Hailyn Morera

Había llegado el día tan esperado por ella, llevaba veinte años pensándolo; era necesario reunirlos, desenmascarar al hombre, enfrentarlos a la verdad. Según ella, eso la ayudaría a dejar el tránsito por las tinieblas.

Esa tarde llegó de última para no contagiarse de la emotividad que despierta la familia. Entró segura, firme, saludó a los hermanos con abrazo y fuerte amor; a la madre con la ambivalencia del amor y rencor, debido a esa muda complicidad; a él lo miró a los ojos mientras oprimía la bolsa del vestigio.

Despreció el café porque la alteraba, fue a la cocina en busca de agua escuchando las estúpidas conversaciones que el hombre conducía; sabían de su mediocridad, pero como era el papi, el marido encantador, el padre proveedor, lo atendían como a buen rey.

Con los recuerdos que le hervían la sangre se dirigió a la sala para decirles que ese predicador de justicia le había roto el vestido de infancia, que el derecho a una niñez feliz le fue bifurcado a la temerosa chiquilla meona; les contaría sobre la mentira de meterse a su cama para contarle cuentos, del pretexto de enseñarle a manejar, de las injustas palizas, de lo caro que pagó los zapatos nuevos y más aún, aquel antojo de hamburguesa.

Estaba decidida a hablar, su fracaso matrimonial se debía a ese fantasma que la golpeaba con la misma fuerza con que el hombre apuñeteaba a la madre; y allí estaba, el machote, el guapo, el hombre de negocios, el que se cogía a la madre, a las amantes y a la hijastra.

Se sentó en el sofá esquinero dándole vueltas a la bolsa plástica de una de sus evidencias, los miró a los ojos, estaban reunidos los hermanos, los que tanto amaba. El corazón se le hizo un nudo, cómo iba a destruirles la imagen que tenían de su padre; suficiente era recordarlo como el papi que golpea y grita. Entonces pensó que su realidad no tendría que ser la de ellos.

El hermano menor preguntó por el motivo de la reunión, ella contestó con un nudo de confusión:

-... Quería ver a la familia reunida.

Mientras la familia compartía un café, ella salió a respirar. Caminó pensando en lo justo de acusarlo y el deber de denunciarlo. El plástico de la bolsa le hacía sudar cada vez más la mano derecha, al pasarla a su mano izquierda comprendió que ésta también terminaría empapada de sudor, decidió botarla, total, la mayor evidencia estaba en ella.

Del basurero un perro callejero en busca de algo bueno sacó la bolsa plástica, decepcionado lloró cuando descubrió un vestido talla seis cubierto de sangre añeja y tostada.

Heredia 1995